

JOYCE CAROL OATES

LA HIJA DEL
SEPULTURERO



En 1936, los Schwart, una familia de inmigrantes desesperada por escapar de la Alemania nazi, se instala en una pequeña ciudad de Estados Unidos. El padre, un profesor de instituto, es rebajado al único trabajo al que tiene acceso: sepulturero y vigilante de cementerio. Los prejuicios locales y la debilidad emocional de los Schwart suscitan una terrible tragedia familiar. Rebecca, la hija del sepulturero, comienza entonces su sorprendente peregrinación por la «América profunda», una odisea de riesgo erótico e intrépida imaginación que la obligará a reinventarse a sí misma.

Joyce Carol Oates ha creado una pieza magistral de realismo mítico y doméstico, excepcionalmente emotiva y provocadora: un testimonio íntimo de la resistencia del individuo. En esta novela prodigiosa la violencia actúa como un faro iluminando una cultura y una época.

*para mi abuela Blanche Morgenstern,
la «hija del sepulturero»*

IN MEMORIAN

*y para David Ebershoff,
por un camino tortuoso*

I
EN EL VALLE DEL CHAUTAQUA

Prólogo

«En la vida animal a los débiles se los elimina pronto».

Lleva diez años muerto. Diez años enterrado con la cabeza destrozada. Diez años sin que nadie lo llore. Cualquiera pensaría que su hija, esposa ya y madre, se habría librado de él a estas alturas. ¡Como si no lo hubiera intentado, maldita sea! Lo detestaba. Sus ojos de color queroseno, su rostro de una tonalidad como de tomate hervido. Rebecca se mordía los labios hasta dejárselos en carne viva de puro odio. Donde era más vulnerable, en el trabajo. Le oía incluso en la cadena de montaje de Niagara Fiber Tubing, donde el ruido la adormecía hasta hacerla caer en trance. Le oía mientras le castañeteaban los dientes por las vibraciones de la cinta transportadora. Le oía mientras la boca le sabía a boñiga seca de vaca. ¡Hasta qué punto lo detestaba! Se agachaba incluso si se le ocurría que podía ser una trampa, una broma de mal gusto, uno de sus estúpidos colegas que le gritaba al oído. Como si se tratara de los dedos de algún tipo palpándole los pechos a través del mono o metiéndole la mano en la entrepierna y ella paralizada, incapaz de apartar su atención de los trozos de tubería sobre la cinta de caucho avanzando a saltos y siempre más deprisa de lo que se quiere. Las condenadas gafas protectoras empañadas y haciéndole daño en la cara. Con los ojos cerrados y respirando por la boca el nauseabundo aire polvoriento, aunque sabía de sobra que no debía hacerlo. Un instante de vergüenza, que abrasa el alma, qué más da vivir

o morir, que se apoderaba de ella a veces en momentos de agotamiento o de pesar y entonces buscaba a tientas el objeto sobre la correa que en aquel instante carecía de nombre, de identidad, de propósito, arriesgándose a que la troqueladora le enganchara la mano y le aplastase la mitad de los dedos antes de que ella, agitando la cabeza, pudiera librarse de su padre, que le hablaba calmosamente, sabiendo que se le oiría por encima del traqueteo de la máquina. «Por lo tanto, Rebecca, has de ocultar tus debilidades». El rostro de Jacob tan pegado al suyo como si fuesen conspiradores. No lo eran, no tenían nada en común. No se parecían ni por lo más remoto. Rebecca detestaba el olor agrio de su boca. La cara que era un tomate hervido y estallado. Había visto explotar aquel rostro, convertido en sangre, cartílago, cerebro. Se había limpiado los restos de los antebrazos desnudos. ¡Se había limpiado aquella cara de la suya, maldita sea! Se había sacado fragmentos de entre el pelo. Diez años atrás. Diez años y casi cuatro meses. Pero Rebecca no olvidaría nunca aquel día. Rebecca no era de su padre. Nunca había sido suya. Tampoco era de su madre. No se advertía parecido alguno entre ellas. Rebecca era ya una mujer de veintitrés años, algo que la asombraba: haber vivido tanto tiempo. Haber sobrevivido a su padre y a su madre. Ya no era una niña aterrorizada. Era la esposa de alguien que era un hombre de verdad y no un cobarde llorica y asesino; un hombre que le había dado un hijo: un hijo que él, su padre muerto, no vería nunca. Qué placer le proporcionaba aquello: que su padre no viera nunca a su nieto. Que no pudiera verter palabras venenosas en los oídos del niño. Pero, de todos modos, se acercaba a Rebecca. Sabía cuáles eran sus puntos débiles. Cuando estaba agotada, cuando el alma se le reducía al tamaño de una pasa. En aquel lugar estruendoso donde sus palabras habían adquirido un ritmo de máquina poderosa y una autoridad que la golpeaba una y otra vez hasta lograr una aturdida sumisión.

«En la vida animal a los débiles se los elimina pronto. Has de ocultar tus debilidades. No nos queda otro remedio».

CHAUTAUQUA FALLS, NUEVA YORK

1

Una tarde de septiembre de 1959, una joven trabajadora regresaba a casa por el camino de sirga del canal de barcas del lago Erie, al este de una pequeña población, Chautauqua Falls, cuando empezó a notar que un hombre tocado con un panamá la seguía a una distancia como de diez metros.

¡Un sombrero panamá! Y extraña ropa de colores claros, de una clase poco vista en la zona.

La joven se llamaba Rebecca Tignor. Estaba casada y terriblemente orgullosa del apellido de su esposo.

«Tignor».

Muy enamorada y muy infantil en su vanidad, aunque no fuese ya una jovencita, sino esposa, y madre por añadidura. Aún repetía «Tignor» una docena de veces al día.

Y que ya empezaba a pensar, mientras caminaba más deprisa: *Será mejor que no me siga, a Tignor no le gustaría.*

Para desanimar al individuo del panamá y para que renunciara a alcanzarla e intentase hablar con ella como los hombres hacían a veces, no a menudo pero sí a veces, Rebecca hundió en el camino los tacones de los zapatos que se ponía para trabajar, de la manera más desgarbada posible. De todos modos ya estaba nerviosa, irritable como un caballo atormentado por las moscas.

Casi se había destrozado la mano con una troqueladora. ¡Tan trastornada estaba, maldita sea!

Y ahora aquello otro. ¡Aquel tipo! Le mandó una mirada de indignación por encima del hombro, todo menos darle ánimos.

¿Alguien que conocía?

No parecía de la zona.

En Chautauqua Falls los hombres la seguían a veces. Al menos, con los ojos. Rebecca trataba casi siempre de no darse por enterada. Había vivido con hermanos, conocía a los «hombres». No era una niñita tímida y asustadiza. Era una mujer fuerte, sólida. Si quería, estaba convencida de que podía cuidar de sí misma.

Pero hoy, por alguna razón, tenía una sensación distinta. Uno de esos días calurosos y pálidos, de color sepia. Uno de esos días que hacen que tengas ganas de llorar, Dios sabe por qué.

Aunque Rebecca Tignor no lloraba. Nunca.

Y el camino de sirga estaba desierto. Si gritaba pidiendo ayuda...

Aquel tramo Rebecca lo conocía como la palma de la mano. Un paseo hasta su casa de cuarenta minutos, algo menos de tres kilómetros. Cinco días a la semana recorría el camino de sirga hasta Chautauqua Falls y esos mismos cinco días regresaba a casa por el mismo camino. Todo lo deprisa que se lo permitía el condenado calzado que usaba para trabajar.

Algunas veces una barcaza la adelantaba por el canal. Eso animaba un poco las cosas. Intercambio de saludos, bromas con los tipos que iban a bordo. Había llegado a conocer a unos cuantos.

Pero ahora el canal estaba vacío, en ambas direcciones.

¡Sí que estaba nerviosa, maldita sea! Le sudaba la nuca. Y dentro de la ropa, las axilas inundadas. Y el corazón latiéndole de una manera que dolía, como si tuviera algo cortante entre las costillas.

—Tignor. Dónde demonios estás.

No lo culpaba en realidad. Aunque sí, demonios, claro que lo culpaba.

Tignor la había llevado a vivir allí. A finales del verano de 1956. Lo primero que Rebecca leyó en el periódico de Chautauqua Falls era tan horrible que no se lo podía creer. Un individuo de la localidad había asesinado a su mujer: le había dado una paliza, luego la arrojó al canal en algún sitio en aquel mismo tramo desierto, y le tiró piedras hasta que se ahogó. ¡Piedras! Había necesitado quizá diez minutos, le dijo el culpable a la policía. No había alardeado de lo que había hecho, pero tampoco se avergonzaba.

La muy zorra trataba de dejarme, dijo.

Quería llevarse a mi hijo.

Una historia tan horrible que Rebecca querría no haberla leído. Lo peor era que todos los hombres que se enteraban, Tignor incluido, movían la cabeza y dejaban escapar una risita.

Rebecca le preguntó a Tignor qué demonios significaba: ¿por qué se reía?

«Con su pan se lo coma».

Eso era lo que había dicho Tignor.

La teoría de Rebecca era que todas las mujeres del valle del Chautauqua conocían aquella historia o alguna similar. Qué hacer si un hombre te tira al canal. (Podía ser el río, también. El mismo problema). De manera que cuando empezó a trabajar en Chautauqua Falls y a utilizar el camino de sirga, a Rebecca se le ocurrió una manera de salvarse cuando llegara la ocasión, si es que llegaba.

Sus imágenes eran tan luminosas y vívidas que muy pronto llegó a pensar que ya le había sucedido, o casi. Alguien (sin rostro, ni nombre, un individuo más grande que ella) la empujaba a unas aguas de aspecto turbio y Rebecca tenía que luchar para salvarse. *De inmediato sácate el zapato izquierdo con la punta del derecho y luego el otro, ¡deprisa! Y a continuación...* Sólo disponía de pocos segundos, los pesados zapatos del trabajo la hundirían como piedras

de molino. Librada de ellos tendría por lo menos una posibilidad, arrancándose la chaqueta, sacándosela antes de que se empapara por completo. Los condenados pantalones del trabajo sería difícil quitárselos, con bragueta, y botones, y las perneras muy apretadas en los muslos, y además, maldición, tendría que nadar al mismo tiempo, en dirección opuesta a donde estaba su asesino...

¡Dios santo! Rebecca empezaba a asustarse. El tipo que venía detrás, el tipo con el panamá, probablemente sólo era una coincidencia. No la estaba *siguiendo*, sólo estaba *detrás de ella*.

No de manera deliberada sino sólo por casualidad.

Sin embargo el muy cabrón tenía que saber que Rebecca había notado su presencia, que la estaba asustando. Un hombre que seguía a una mujer en un lugar solitario como aquél.

¡Maldita sea, cómo detestaba que la siguieran! Le molestaba incluso cualquier hombre que no le quitara los ojos de encima.

Su madre la había asustado muchísimo, años atrás. *¡No querrás que te suceda nada, Rebecca! Una chica sola, los hombres la siguen. Incluso muchachos que conoces, no te fíes de ellos.*

Incluso su hermano mayor, Herschel, a su madre le preocupaba que pudiera hacerle algo. ¡Pobre mamá!

A Rebecca no le había sucedido nada, pese a que su madre se preocupara tanto.

Al menos, nada que ella recordase.

Su madre se había equivocado acerca de tantas cosas...

Rebecca sonrió al pensar en su antigua vida cuando era una adolescente en Milburn. Todavía soltera. Virgen. Nunca pensaba ya en ello; todo había quedado atrás. Niles Tignor la había rescatado. Niles Tignor se había convertido en su héroe. Se la llevó de Milburn en su coche, se fugaron a Niagara Falls. Sus amigas la envidiaron. Todas las chicas de Milburn adoraban desde lejos a Niles Tignor. Que luego

había llevado a Rebecca, su esposa, a vivir en el campo hacia el este y un poco al norte de Chautauqua Falls. Four Corners era como se llamaba el sitio.

Su hijo, que también se llamaba Niles Tignor, había nacido allí. Niley cumpliría tres años a finales de noviembre.

A Rebecca le llenaba de orgullo ser la señora Tignor y también ser madre. Quería gritarle al hombre del panamá *¡No tiene derecho a seguirme! Sé defenderme.*

Era cierto. Rebecca llevaba un trozo bien afilado de metal en el bolsillo de la chaqueta. A escondidas, lo tocaba llena de nerviosismo.

Aunque sea lo último que haga, LO VOY A DEJAR MARCADO.

En Milburn, en la escuela, había tenido que pelear a veces. Era la hija del sepulturero local y los otros chicos la hostigaban. Trató de no hacerles caso lo mejor que supo. Ése había sido el consejo de su madre. *Pero no debes descender a su nivel, Rebecca.* Lo había hecho, sin embargo. Peleas con frenético agitar de brazos y con puntapiés, había tenido que defenderse. Y un día el maldito cabrón del director la había expulsado.

Por supuesto nunca había atacado a nadie. Nunca había hecho daño a ninguno de sus compañeros, ni siquiera a los que se lo merecían. Pero no le cabía la menor duda de que si estaba suficientemente desesperada, defendiendo su vida, podría hacer daño a otra persona, de verdad.

¡Ah! La punta del trozo de acero era tan afilada como la de una piqueta para partir hielo. Tendría que clavárselo a fondo en el pecho o en la garganta a aquel hombre...

¿Piensas que no lo haría, imbécil? Ya lo creo que sí.

Rebecca se preguntó si el hombre del panamá, desconocido para ella, podría ser alguien a quien Tignor conocía. Alguien que conocía a Tignor.

Su marido trabajaba en el negocio de la cerveza. Con frecuencia estaba de viaje durante días, incluso semanas. De ordinario parecía irle bien, aunque en ocasiones se que-

jaba de que andaba mal de dinero en efectivo. Describía la fabricación, comercialización y entrega de las distintas clases de cerveza a los minoristas por todo el Estado de Nueva York como un trabajo en el que la *competencia era feroz*. Tignor hablaba con tanta pasión que te hacía pensar en una ferocidad traducida en gargantas cortadas chorreando sangre. Y también te hacía creer que la *competencia feroz* era una cosa buena.

Había rivalidades en el negocio de la cerveza. Había sindicatos, había huelgas y despidos y conflictos laborales y piquetes. El negocio empleaba a hombres como Niles Tignor, que sabían manejarse en situaciones difíciles. Tignor le había dicho a Rebecca que tenía enemigos que nunca se atreverían a ir directamente contra él: «Pero tratándose de una mujer, ya sería distinto».

El hombre del panamá, quería creer Rebecca, no parecía realmente alguien que estuviera en el negocio de la cerveza. Su sombrero de paja más bien deportivo, gafas de sol y pantalones de color crema parecían más apropiados para la orilla del lago en verano que para la zona industrial de Chautauqua Falls en otoño. Camisa blanca de manga larga, probablemente algodón de primera calidad o incluso lino. Y corbata de lazo. ¡Corbata de lazo! Nadie llevaba corbata de lazo en Chautauqua Falls, y desde luego ningún conocido de Tignor.

Era como ver a Bing Crosby por la calle, o a aquel otro asombroso bailarín tan ágil: Fred Astaire. El hombre del panamá era de ese tipo. Una persona que no daba la sensación de que pudiera sudar, una persona que podía sonreír si veía algo hermoso, un individuo no del todo real.

No parecía un hombre que siguiera a una mujer hasta un sitio desierto para abordarla.

(¿No lo era?)

A Rebecca le hubiera gustado que el anochecer no estuviese tan próximo. A plena luz del día no se hubiera sentido tan intranquila.

Ahora en septiembre, cada día que pasaba llegaba antes el crepúsculo. Uno se daba cuenta de cómo se acortaban los días cuando pasaba la Fiesta del Trabajo. El tiempo parecía acelerarse. De la maleza a la orilla del canal las sombras se alzaban de manera más visible, y el agua oscura, con brillo de reptil, era como ciertos pensamientos que uno trata de rechazar, sin conseguirlo, en los momentos de debilidad. En el cielo se amontonaban nubes semejantes a una sustancia fibrosa que se hubiese apretado para después soltarla. Había una extraña y estremecida vitalidad malevolente en todo ello. A través de la masa de nubes, el sol se presentaba como un feroz ojo enloquecido, que, al brillar, daba nitidez a cada uno de los tallos de hierba junto al camino. Lo veías todo con demasiada claridad, te sentías deslumbrado. Y luego el sol desaparecía. Lo que había sido nítido se volvía confuso, difuminado.

Masas de nubes de tormenta procedentes del lago Ontario. Mucha humedad, mosquitos que picaban. Al sentirlos zumbiar junto a su cabeza, Rebecca lanzaba breves exclamaciones de repugnancia y alarma y trataba de apartarlos.

En Niagara Tubing el calor había sido tan sofocante como en pleno verano, con unos agobiantes cuarenta y tres grados centígrados. Las ventanas, opacas a causa de la suciedad, sólo estaban ligeramente abiertas en ángulo y la mitad de los ventiladores rotos o moviéndose con tal lentitud que no servían para nada.

Su trabajo en Niagara Tubing era algo provisional. Rebecca podría soportarlo unos cuantos meses más...

Por la mañana entraba a las 8.58. Y salía a las 5.02. Ocho horas. Cinco días a la semana. Había que usar gafas y guantes de seguridad. A veces, también un delantal protector, pesadísimo, que daba mucho calor. Y zapatos especiales con punteras reforzadas. El capataz los inspeccionaba a veces. Los de las mujeres.

Rebecca había trabajado antes de camarera en un hotel. Tenía que llevar uniforme y no le gustaba nada.